

GELES CABRERA

Universalidad de la Escultura Mexicana

MARIA LUISA MENDOZA



DE las ramas del arte más difíciles que se ejercitan desde el principio de los siglos, es sin duda la escultura: prosa de las proporciones, poesía de la materia, conjugación del verbo crear con cincel y martillo.

Esto es Geles Cabrera, poeta de la escultura y femenino concepto de modelar formas y materia en un derroche casi mágico, ya que encontrarlo en una joven como ella es, en mucho, un milagro del tiempo moderno captado en el arte de una mexicana.

Geles Cabrera, escultora del hoy nuestro, ha traspasado las fronteras de la patria y ha expuesto con buen éxito en La Habana, donde inició su carrera de vocación admirable. Y en Estados Unidos, precisamente en las Galerías Panamericanas que se albergan en el corazón de Washington, queriendo ser un Capitolio blanco para la creación de Latinoamérica.

“Escultóricamente México es en la actualidad un reducido núcleo de artistas que trabajan tratando de encontrarse cada vez más en la expresión del tiempo que vivimos. No podemos, nosotros, los contados escultores que luchamos por hacernos dignos de la universalidad —patrimonio siempre coexistente en el escultor prehispánico nacional— atacarnos ahora los unos a los otros, destruirnos, querer hundir una mano que esculpe, por la calumnia o el odio”.

Geles Cabrera habla pausadamente, como si la serenidad fuera en ella propia, igual que en sus negros ojos de muchacha mexicana. Y habla con la paz, diciendo algo que muy pocos artistas piensan, guardando para sí los velos negros del resentimiento o la amargura, y substituyéndolos por una grandeza de alma que Geles deja en toda la obra suya, autén-

tica y grande pese a su menuda persona. Conocer a Geles es preguntarse cómo es posible que sea ella, la sencilla, la complicada, autora de tales poemas materiales de línea y vuelo al cielo.

“Estados Unidos no tiene un esplendor como el que proyectamos nosotros en el campo de la pintura, la escultura o el arte en general; pero se ha convertido en una torre de recepción que envía la obra universal a dar vueltas por el universo, impulsada por la energía de ese país que abre las puertas a artistas mexicanos, principalmente en las Galerías Panamericanas”.

“¿La crítica norteamericana sobre mi exposición? Muy elogiosa, muy interesante y sincera. En 1957, expondré en Nueva York y creo que esto es una prueba del interés que realmente existe allá por todas nuestras manifestaciones, en este caso escultóricas, las cuales son recibidas con real entusiasmo”.

“La escultura es una difícil tarea que nos hemos impuesto los que sentimos su llamado y nos entregamos a ella. Se diferencia básicamente en su contenido y la manera de darlo. No hay muestra más perfecta para separar esta verdad de lo falso, lo carente de espíritu creativo, que esas figuras deplorables de cera que podemos ver en los museos de todo el mundo. Para cualquiera que sintiese nacer en sí la pregunta —¿qué es escultura?, creo que con el simple método de visitar alguna exposición profesional y una galería de rostros y cuerpos modelados en cera, sería suficiente. No hay nada más doloroso que ver el concepto hombre representado en ambas manifestaciones”.

“Envolverse en una capa de falsedades, queriendo substituir la verdad de un artista, es la más cer-

cana actitud de que hacen gala muchos de los llamados exponentes del arte mexicano. Para ello basta con nombrar el caso de una persona que imaginó haber llegado a la cima diciendo que una obra suya había sido adquirida por Picasso. Se dio a propalarlo y cayeron en la mentira su propia conciencia y la de todos los que le oyeron. *El mito de la compra hecha por Picasso* podría titularse esta tragicomedia, que no es más que uno de los muchos hechos que pueden citarse como muestra de aquel que quiere usar el brillo del genio para sus propios fines, a veces lastimosamente económicos”.

“Urge que México sea conocido en el mundo entero en su aportación al arte moderno, para que no suceda aquello que cuenta un pintor que habló con Bracque, y que oyó decir a éste: “Aquí andaba un muchacho mexicano, con un sombrero y un fusil diciéndose pintor. No recuerdo el nombre”. Se refería a Diego Rivera.

“Definido nada más así, aludiendo a su indumentaria y ni siquiera a su firma hoy tan valiosa.

“Y urge también —añade Geles— una mayor promoción de intercambio en el arte de América. Queremos saber qué hacen los argentinos, los chilenos, los venezolanos, y ellos deben tener el mismo hermano deseo. ¿Por qué no ramificar las exposiciones fraternales y hacerlas patentes en nuestra América, como lo hacen en el Viejo Mundo? Conocemos mucho de Estados Unidos, y allá se conoce algo de México, ¿pero y los otros países? ¿Por qué nos ignoramos? Creo que a la universalidad nada más se arriba con la unión de espíritus y no la personificación de folklorismos”.

“... A LA universalidad se llega con unión espiritual y no a través de la personificación de folklorismos”.

